

¡Cualquier cosa!



AQUI está de nuevo Antón del Charco para trabar con los lectores y lectoras de "ESTUDIO", un ratito de conversación en cumplimiento de la solemnísima promesa que el otro día les hizo y la que antes que a Vds. hiciera al Sr. D. Pascasio y demás directivos del Club del pino.

Yo les ruego muy encarecidamente que acudan a la cita bien provistos de algodones para taparse los oídos, a no ser que los tengan blindados con planchas de acero como nuestro conocido el Sr. Paquídermo; pues este bueno de Antón tiene la buenísima cualidad de no saber dejar la palabra cuando la toma, ni recoger la sin hueso cuando la suelta, con ítem más la de ser muy empalagoso cuando habla y tener una vocécica áspera y destemplada y muy apropiado para hacer roncar al Sr. presidente del club.

Al separarme de Vds. el otro día me dirigí a mi casita para dar cuenta a mi mujer de la honrosísima comisión que por boca de su presidente acababa de confiarme la directiva del club del pino con la solemne promesa por mi parte de hacer los posibles por desempeñarla a gusto y satisfacción de los Honorables que me la habían encomendado.

Como llegué a mi domicilio bastante más tarde de lo acostumbrado Robustiana, que tal es el nombre de mi mujer, me recibió de muy mal humor que fué aumentando a cada frase que yo pronunciaba relatándole ce por be todo cuanto me había ocurrido en el club aquella tarde. Pero cuando su ira subió de punto, traspasando los límites de lo concebible e imaginable, fué cuando yo le recité aquel empalagoso párrafo de oratoria de picapedrero en el que había expresado a D. Pascasio mi decidida voluntad de aceptar lo que acababa de proponerme, sobre todo, cuando escuchó aquellas frases "descenderé al profundo de los mares... me elevaré a la región del aire traspasaré las nubes, penetraré en los astros... en la tierra, sobre la tierra y debajo de la tierra"; ¡Ah, entonces se puso terroríficamente sublime! lanzaban llamaradas de fuego sus pupilas; dilatábase su nariz al respirar como la de un brioso potro después de velocísima carrera, hacía con su boca las horribles muecas de furiosa arpía, su larga y abundosa cabellera tirando al suelo el montón de peinetas y horquillas que la oprimi y supetaban en forma de rodete; se levantó toda a un tiempo semejando un haz de víboras con las colas en alto

y las cabezas hundidas en la tierra; su voz unas veces parecía silbido de la serpiente en celo, otras el rugido de una fiera encadenada, ora semejaba el agudo bramar de huracánado viento, luego el ronco hervor de mugiente catarata y más tarde el duro estampido del ronco trueno denunciador de una horrible y destructora tempestad.

La tormenta hubiera efectivamente descargado con ímpetu y saña sobre mi persona si en el más alto parosismo y cuando iba a reventar la nube le hubiese yo mostrado muy oportunamente por cierto, el cheque de siete mil pesos que hacía pocas horas me había regalado D. Pascasio. A vista del mágico papelito el rostro de Robustiana inundose súbitamente de alegría ofreciendo el aspecto de un risueño día de primavera bajo un cielo sereno y sin nubes e iluminado por un sol espléndido, y lo que amenazaba ser una verdadera tormenta de improperios y denuestos mordiscos y arañazos convirtiéndose por virtud del papelito en lluvia de besos y abrazos, caricias y requiebros.

Dicen algunos que D. Dinero es muy poderoso y yo digo que están sobrados de razón los que tal afirman, y me atrevería aún a añadir que era omnipotente por los muchos y estupendos milagros que cada día obra en el mundo.

En uno de los anteriores párrafos les he contado ya el extraordinario prodigio que obró en mi casa la noche de marras convirtiéndolo a mi Sra. Da. Robustiana de fiero brava en mansa cordilla, de serpiente venenosa en tórtola arrulladora y tierna y de arpía horrible en mujer buena y cariñosa, pues sepan Vds. que no fué solo el milagro obrado en mi casa por D. Dinero, sino que hay aún otro mucho más estupendo; y consiste el tal prodigio en que desde aquella noche memorable llevo en mis manos las riendas del estado; es decir, gobierno y mando en mi casa sin oposición de nadie y con alegría de todos, cosas que durante los dieciocho años que llevo de casado, había venido ejerciendo mi mujer con la crueldad y tiranía de un Lenine.

Después de cenar, que, como Vds. pueden suponer, lo hicimos aquella noche todos los de la familia con más gusto y apetito que nunca, Robustiana me indicó con muchas zalamerías y arrumacos su vehemente deseo de escuchar de nuevo cuanto me había ocurrido en el club aquella tarde y yo le referí con lujo de detalles las muchas y variadas impresiones que experimentó mi ánimo en el breve tiempo que

pasó desde la llamada del portero hasta la despedida de D. Pascasio.

Hablamos luego breve rato sobre la inmensa fortuna que impensadamente nos había entrado por puertas con la honrosa comisión que me había confiado la directiva del club y la mucho mayor que vendría detrás, si yo llegaba a desempeñarla con éxito y nos retiramos a descansar, ella pensando en el empleo que habría de dar a los siete mil del ala y meditando yo el plan de la campaña que había de emprender al día siguiente con el fin de averiguar lo que será "cualquier cosa", la cual había de perdurar hasta que se vaciaran las cajas del club y se agotaran las rentas de su presidente.

Como el que se acuesta hambriento suele soñar que se halla sentado a una mesa donde hay manjares más abundantes y sabrosos que los servidos en el banquete de Baltasar o en las bodas de Camacho, así también, como yo me había acostado aquella noche pensando en "cualquier cosa" soñé que la había encontrado.

¡Mucho había corrido y volado por el mundo, mucho había padecido, pero mis corridas y vuelos, mis penas y sufrimientos quedaban superabundantemente con el hallazgo de "cualquier cosa" que para mí significaba mucho más que significara para los antiguos argonautas el hallazgo del vellocino de oro!

Ahora sabrán Vds. cómo se verificó el milagro, o para hablar corro más propiedad, cómo lo soñó mi imaginación en aquella noche de marras.

Pues, bien, sucedió, digo, soñé que después de haber recorrido el mundo sin que dejara monte ni río, ladera ni collado, población ni desierto, bodega o sótano por visitar el mismo día y a la misma hora en que se cumplieran justamente diez años de haber abandonado mi familia y mi patria encontré lo que buscaba hacia ya tanto tiempo, en un apartado rincón de la laberíntica isla de Creta.

¡Mi alegría era indescriptible! El caso, a la verdad, no era para menos. El hallazgo de "cualquier cosa" por mí con tanto ahínco y tanta constancia buscada habría de aumentar, a no dudarlo, extendiéndolas hasta lo indefinido las muchas riquezas por mí adquiridas durante mi larga y penosa peregrinación, gracias a los pellizcos y mordiscos que diera a las cajas del club del pino y a las rentas de su presidente; que de seguro que no habría una sola entre las naciones civilizadas que no deseara adquirir para su mu-

seo, aunque por un precio exorbitante, alguna de las innumerables rarezas artísticas, antiguas y modernas de que yo era dueño, ni instituto o academia de ciencias, ni centro de instrucción o de recreo que no ansiara oírme hablar acerca de mi hallazgo y de mi viaje, ni director de periódico o revista que no anhelara ver estampadas en las columnas de su publicación extensas relaciones de ambas cosas, y claro es que todo ésto me había de valer buenos cuartos. Todo ello sin contar el valor de "cualquier cosa" pues la nación que quisiera adquirir su propiedad habría de quedarse sin un adarme de oro en sus cajas y en sus minas. Además de esto, mi nombre pasaría a la posteridad con la aureola resplandeciente del genio eclipsando a todos cuantos le precedían y sin que pudieran igualarle los que le habrían de seguir en las edades venideras.

Apenas tuve la suerte de encontrar lo que buscaba, di cuenta por telégrafo del suceso al presidente del club del pino, quien a su vez lo comunicó al gobernador general y por consejo y mediación de este al presidente de Estados Unidos, trasladándome luego a Atenas en el aeroplano de un aviador francés que me acompañaba en el viaje por el desinteresado amor a los siete mil francos que le entregaba religiosamente el primero de cada mes corriendo además a mi cuenta los gastos de su alimentación y la del aparato y los de la reparación de las averías que a uno y otro pudieran sobrevenir.

En la capital de Grecia recibí un telegrama del Sr. Paquidermo en contestación al que le enviara yo desde Creta y en el que en nombre propio y del club del pino me felicitaba por el hallazgo de "cualquier cosa" contándome además el gran entusiasmo que tal suceso había despertado en todo el país y aun en el mundo entero. En la misma fecha que el anterior recibí otro parte telegráfico firmado por el secretario de guerra de Estados Unidos en el que dicho funcionario me saludaba en nombre del presidente y gobierno americanos y en el que me anunciaba cómo de allí a pocos días llegaría al puerto de Atenas el barco más hermoso y de más marcha que de cuantos hasta entonces habían cruzado los mares, puesto a mi disposición por el gobierno de la gran república para que en él retornara a mi patria o diera de nuevo la vuelta al mundo si así me placía.

Embarqué, pues, en el gran transporte americano que aun anunciará el secretario de guerra de dicha nación y que llegó a la capital de Grecia dos semanas después que el telegrama anunciador llevando grabados en su casco con grandes letras doradas mi nombre y apellido y emprendí el regreso a mi patria recibiendo durante la

travesía las más calurosas y entusiasmadas felicitaciones de los representantes de la prensa de las naciones a que pertenecían los puertos del tránsito, los cuales me ofrecían gruesas cantidades a cambio de notas descriptivas de mi viaje y de mi hallazgo prometiendo por mi parte enviármelas desde Manila por telégrafo o por correo, como mejor les conviniese después que recibiese el oportuno aviso de que las cantidades por mí exigidas habían ya sido colocadas a mi favor en cualquier de los bancos de esta capital o en alguno de los por mí señalados del extranjero.

Para cumplir satisfactoriamente estos contratos y los similares que más tarde hube de firmar con los representantes de la prensa de los otros pueblos del globo había adquirido muchos centenares de libros de viajes escritos en diversos idiomas donde aparecían minuciosamente descritos todos los países por mí recorridos y los que dejara de recorrer, de muchos miles de fotografías y postales representativas de todos los hombres célebres, monumentos y cosas más notables del mundo y contraté además un buen número de habilísimos traductores taquígrafos, mecanógrafos y copistas, quienes habrían de trabajar a mis órdenes en mi nueva oficina instalada en el piso bajo de la hermosa casa de tres pisos que me había regalado el club del pino destinando los otros dos para exponer en ellos todos los objetos curiosos adquiridos durante mi viaje a excepción de "cualquier cosa" para cuya exposición se había mandado construir un edificio de especialísimas conclusiones.

Apenas llegué a New York me trasladé en tren especial a la capital de la gran república para dar las gracias a su gobierno por las honrosas distinciones de que me había hecho objeto. En la Casa blanca pronuncié acerca de mi viaje y mi hallazgo algunas conferencias a las que solamente podían asistir el presidente de la nación, los secretarios que forman su gobierno, los jefes supremos de su ejército y armada, el alcalde de aquella ciudad y el presidente de su corte suprema de justicia, con previa promesa de no dar cuenta a nadie de mis declaraciones hasta que no fuesen publicadas en ESTUDIO.

En agradecimiento a que el gobierno americano, además de las distinciones y honores ya citados, me concedió también las cortesías aduaneras en todos los puertos donde ondeara la bandera de las franjas y las estrellas doné para el museo nacional de la gran república algunas de las muchas preciosidades artísticas por mí adquiridas en las distintas partes del globo que había visitado. A cambio del millón y medio de libras esterlinas que me ofreciera el embajador inglés en Washington regalé también a dicho

señor para que los enviase al museo nacional de Londres algunos objetos antiguos de mucho mérito y valor, tales como la carabina de Ambrosio, la espada de Bernardo, el trabuco de Perico, la escopeta del Pijarro, la cimitarra del moro Tarfe la hacha de Mambriú y los retratos auténticos de estos héroes legendarios.

Llegué por fin a mi querido país el cual, si bien apenas se dió cuenta cuando lo abandoné recibíome en cambio a mi regreso con los honores que se tributan a los héroes que después de larga ausencia, vuelven cargados de laureles a la patria que les vió nacer para ofrecerle la posesión de los inmensos imperios por ellos conquistados en apartadas regiones desembarcando en el nuevo y hermoso pantalán no. 1 entre los sonoros y atronadores hurras y vítores de la inmensa multitud que ocupaba materialmente los alrededores de los piers, las avenidas Bonifacio y Buigos, las dos lunetas, el campo del carnaval y todas las calles y plazas de intramuros; el pitoreo de la fábrica de hielo del gobierno y de los barcos anclados en el pureto y en el río, y las armonías producidas por unas setenta bandas de música que colocadas en distintos puntos de los lugares citados, tocaban todas a un tiempo unas la marcha y el himno americano otras, estas la marcha real española, el trágala aquellas y las de más allá el himno de Riego o la marsellesa. Jamás desde los tiempos de Legaspi hasta nuestros días se había visto pulular tanta gente por las calles campos y plazas de esta capital del Archipiélago, ni jamás personaje alguno había sido recibido con tanto entusiasmo por nuestro pueblo.

Aquella misma noche el club del pino dió en mi honor una recepción en su hermoso y recién construido salón de actos desfilando ante mí durante las seis horas que aquella duró todas las fuerzas vivas, muertas y dormidas del país que yo contemplaba sonriente y lleno de satisfacción mientras acariciaba sin cesar algún tanto vanidoso, mi blanca, luenga barba, que ora echaba sobre mi hombro derecho, después sobre el izquierdo, luego rodeaba con ella mi cuello y más tarde la anudaba como cola de caballo y la cual mandé cordar al día siguiente por consejo de mi mujer, mis hijos y mis más íntimos amigos porque según ellos aumentaba notablemente mi natural fealdad, asemejándome a un chivo viudo enderezado sobre sus patas traseras.

En la noche del día siguiente al de mi desembarco pronuncié la primera de la serie de conferencia que, según convenio, debía dar en el gran salón del club del pino y que habría de repetir más tarde en todos los centros de recreo y de enseñanza de Manila y provincias en cumplimiento del contra-

to firmado por mí y sus presidentes y directores respectivos. No hay para qué decir que mucho antes de que yo me personase en la sala estaban ya ocupados todos los doce mil asientos en la misma colocados!...

Al tercer día después de mi primera conferencia, la prensa de esta capital publicaba por primera vez extensas notas relativas a mi hallazgo y a mi viaje para continuar haciéndolo por espacio de una semana, un mes, de uno, o varios años, pues los muchos libros por mí adquiridos proporcionarían material abundantísimo para tiempo ilimitado. ¡Ah, era de ver la pasmosa rapidéz con que los números de periódicos y revistas desaparecían de las redacciones y de manos de los vendedores; sobre todo los de ESTUDIO cuya edición de cincuenta mil ejemplares! quedó agotada a las pocas horas viéndose precisado su director a mandar tirar otra doble mayor que también se agotó a los pocos días!

En las redacciones de los otros periódicos y revistas sucedía poco más o menos lo que en la de ESTUDIO; todas estaban de fiesta. Solamente en la de "The Independent" vagaban cual fatídicas sombras la tristeza y el luto. Como todas las publicaciones habían prohibido a sus similares la reproducción de todo, o parte de cuanto, acerca de mi hallazgo y mi viaje, contaban, no pudieron meter las diéras los redactores del indecente papelucho teniendo que salir a la calle aquella semana como había salido siempre, lleno de insulseces y de inconveniencias y sin nada de interés para el público. Y es claro sucedió que sus vendedores, después de cansarse de vocearle por las calles durante el día, devolvieron

por la noche a la administración todos los números sin faltar uno solo.

A las nueve de la mañana del día siguiente se presentó en mi oficina un hombrecillo, quien me saludó con estudiada cortesía y me dijo que era redactor de "The Independent" que había ido para rogarme en nombre de su director le facilitara cuantas notas y relaciones de mi viaje y hallazgo pudiese para publicarlas en su revista. Tomé de una carpeta que había encima de mi escritorio una copia del contrato firmado por los directores de otras publicaciones y se la alargué diciéndole: lleve V. eso al director de "The Independent" y él verá si le convienen las condiciones.

Apenas hubo leído el papel me lo devolvió pronunciando con gran decaimiento de ánimo y lleno de tristeza las siguientes frases: "Es inútil que presente esto a nuestro director porque estoy segurísimo de que no aceptará, mejor dicho que no puede aceptar por carecer nuestra revista de fondos para pagar esas cantidades; ¡Ah! si nuestra publicación tuviera fondos no ayunariamos como ayunamos durante el año bastantes más días de los que ordena la Iglesia, ni andaríamos dentro de la redacción descalzos y vestidos con blusa y bombacho de dinamopol o kundiman para ahorrar en costuras de zapatos y lavadas."

Tanto me impresionaron las últimas palabras de mi interlocutor que dejando de obrar como hombre para obrar como cristiano, si bien no le facilité las notas suspiradas, le conduje al salón donde estaban artísticamente colocadas varios miles de fotografías y postales adquiridas durante el viaje para que a la vista de ellas hilara él dichas

notas como Dios le diera a entender; y para consuelo suyo y de sus compañeros y para que las estampasen en su revista si querían, le regalé tres de dichas fotografías; la una representaba una enorme merluza, la mayor que han visto ojos humanos, cogida en las aguas del cantábrico allá por los tiempos de Escipión, otra era el verdadero retrato de la hermosísima ternera que ganó el primer premio en la exposición de ganados celebrada en Filadelfia el año mil novecientos, siendo la tercera una copia exacta de la herradura que perdiera el caballo de Atila al sentirse bruscamente refrenado por su jinete cuando le salió al encuentro el Papa. S. León a las puertas de Roma y que se conserva en los museos del Vaticano.

Esto sucedía, o para hablar con más propiedad, ésto soñaba yo, pues supongo no habrán olvidado que dormía tranquilamente al tiempo que ocurría todo cuanto les he contado, cuando un fuerte golpe dado en la puerta de mi cuarto y la voz estridente de Robustiana anunciándome que habían dado las seis cortaron el hilo de mi pensamiento, o mas bien dicho, de mi sueño, devolviéndome a la fría y triste realidad de la vida.

Me levanté más que a escape del lecho y después de tomar el confortante desayuno que mi mujercica tenía ya preparado emprendí mi primera excursión por las calles, plazas y rincones de Manila en busca de "cualquier cosa".

Con qué adios, señores, que Vds. se conserven bien y hasta el día en que vuelva a hacerles otra visitita para contarles, ce por ce, todo cuanto en esta mi primera correría me sucediere.

ANTON DEL CHARCO.

FOR
CIVIL SERVICE & COMMERCIAL
COURSES
BY CORRESPONDENCE
WRITE THE
COSMOPOLITAN BUSINESS COLLEGE
MANILA P. I.
(American Faculty)

Felicísimo R. Feria Gabriel La O
FERIA & LA O
ABOGADOS
China Bank Bldg., Juan Luna, Manila.
Tel. 1792.

CARO & CARO BATTERY STATION
336-338 General Luna, Intramuros, Manila.
TELÉFONO 915

Especialistas en Magnetos, Generadores, Disparadores y todo lo concerniente al sistema eléctrico de un automóvil.

Trabajos Absolutamente Garantizados

Baterías garantizadas por dos años
GREAT-WESTERN

Estación y servicio de baterías
Estamos siempre a su servicio
TELEFONO 951

ECOS
DE LA CONGREGACIÓN DEL NIÑO JESÚS
DE PRAGA Y DEL COLEGIO DE

S. BEDA

Revista mensual, para católicos militantes, y para los que debieran serlo, que son todos los demás.

No es de interés meramente local para los amigos del Colegio de San Beda. La revista parece hablar al oído de sus amigos lo que en Filipinas deben saber cuantos se precian de buenos cristianos.

Es la Revista más desenfadada de todas cuando se trata de decir la verdad. Un ejemplo viviente de fortaleza cristiana.

Y no cuesta más que ₱ 2.00 al año en Filipinas y ₱ 3.00 en el extranjero.

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Vergara, 1223, Quiapo—MANILA—Teléfono 3739